

Alimenta la Solidaridad: enfrentar el hambre desde la convivencia

Roberto Patiño*



GABRIEL OSORIO

Alimenta la Solidaridad es un programa enfocado en la población infantil. Produce almuerzos diarios a través de comedores organizados y mantenidos con la participación de las comunidades en las que funciona.

Se inicia a mediados de 2016 en el municipio Libertador, por nuestro equipo del movimiento *Mi Convive*, en medio de una crisis de alimentos que se agravaría hasta alcanzar, en la actualidad, niveles de crisis humanitaria.

Con el movimiento *Mi Convive* venimos trabajando en sectores del municipio Libertador en actividades en contra de la violencia, enfocados en la prevención, atención y acompañamiento de las comunidades.

Nuestra visión es la de buscar posibilidades de transformación a la realidad violenta de nuestras ciudades, de la reconstrucción de relaciones convivenciales, la participación, la organización y el empoderamiento de las personas.

Iniciamos *Alimenta la Solidaridad* tras diez años en varios sectores del oeste caraqueño, en un proceso de establecimiento de confianza y de construcción de redes de apoyo con las comunidades, fundamental para articular esfuerzos que tengan una pertinencia y logren el involucramiento activo de las personas.

EL ROSTRO DEL HAMBRE

En el 2016 se agravó el problema de acceso a alimentos en Venezuela. Al desabastecimiento se le sumó el deterioro acelerado de la situación económica, debido en gran parte a la continuidad de destructivas políticas gubernamentales.

Sus primeras expresiones no fueron reconocidas como el inicio de algo mucho más grave que afectaría profundamente las condiciones de vida de los venezolanos. Nosotros tuvimos temprana conciencia de ello por el contacto diario que habíamos desarrollado con las comunidades.

Vimos el efecto que causaba en miembros de los sectores con los que estábamos trabajando. Personas que no asistían a talleres o encuentros para hacer largas filas durante horas para comprar alimentos a precios regulados. Que padecían de desnutrición como consecuencia de sacrificar sus comidas para alimentar a miembros más vulnerables de la familia. Que eran víctimas de la violencia derivada del hambre en peleas en filas, robos por comida o episodios de violencia doméstica.

Mi confrontación más personal con el problema se dio mientras realizábamos un cine al aire libre en el sector El Polvorín. Por la calle llegó una niña sola de seis o siete años y lo primero que me dijo fue “Señor, tengo mucha hambre, ¿me puede dar algo de comer?”. Se lla-

Éramos conscientes de que esta no era una solución definitiva al complejo y vasto problema del hambre, pero sí un alivio necesario cuya fortaleza radicaba en los valores de convivencia, encuentro y solidaridad que proponía.

maba Fabiola y tenía todo el día sin probar bocado.

Entre miembros del equipo y personas de la comunidad compramos arepas con sardinas y organizamos una modesta cena. Cuando terminamos, Fabiola, sin decir palabra, se fue sola como había llegado.

En mi memoria se mantiene su imagen de dolorosa incertidumbre, al verla internándose en la noche, el hambre una presencia ominosa sobre su pequeña figura. Esta vivencia nos marcó de manera profunda al equipo y a mí, impulsándonos a tomar acciones en lo inmediato.

UNA RESPUESTA DESDE, POR Y PARA LA GENTE

Nuestra primera iniciativa fue la organización de sancochos comunitarios. Fue una etapa inicial en la que sentamos las bases de una estrategia no asistencialista, que comprometiera y responsabilizara a la comunidad en su implementación, aprovechando al sancocho como ritual convivencial de gran arraigo popular y espacio de encuentro y apoyo.

Realizamos más de 250 sancochos, con la participación de unas 20.000 personas, en zonas del 23 de Enero, San Agustín, La Vega, Cota 905, La Pastora y Catia. Esto coincidió con el impacto en la opinión pública de testimonios publicados en medios nacionales de niños que se desmayaban de hambre en las escuelas.

Entre junio y julio de 2016 se publicaron dos informes; el primero, de la Fundación Bengoa (que señalaba cómo la desnutrición en niños menores de 5 años había alcanzado 10 % y en los niños de educación escolar 30 %).

El segundo, un sondeo dirigido por el secretario de educación del estado Miranda, Juan Maragall. Este revelaba, en una muestra de 3.000 estudiantes, que de cada tres alumnos, uno estaba comiendo una o dos veces al día y la mitad de los niños entrevistados se había ido a la cama con hambre al menos una vez a la semana.

Nos pareció necesario priorizar a la población infantil y escolar, y destacar la figura de la madre como un participante protagonista del posible modelo.

Los sancochos evolucionaron a la figura del comedor, montando una prueba piloto en una escuela en el sector de Las Casitas, en La Vega. Nuestro objetivo fue el de brindar un almuerzo diario,

de lunes a viernes, durante los dos meses del período de vacaciones.

Se diseñó un menú de alto valor nutricional que pudiese elaborarse con los insumos disponibles y ser cocinado por las madres y voluntarios. Los padres se comprometieron a llevar a sus hijos y algunos asumieron responsabilidades en la logística del comedor.

Empresarios locales, organizaciones de trabajo social y donantes privados aportaron los alimentos necesarios. Este primer comedor atendió a sesenta niños, seleccionados por la misma comunidad.

El logro de mantener este esfuerzo durante sesenta días se dio a la par de una gran aceptación y apoyo de la comunidad, así como la respuesta positiva de voluntarios, donantes y aliados.

El contexto de la crisis alimentaria entraba en una nueva etapa de recrudescimiento del problema y nos abocamos a generar un plan que pudiese ser reproducido en otras comunidades.

Éramos conscientes de que esta no era una solución definitiva al complejo y vasto problema del hambre, pero sí un alivio necesario cuya fortaleza radicaba en los valores de convivencia, encuentro y solidaridad que proponía.

LOS LOGROS DE LA CONVIVENCIA

Cohesionamos un modelo efectivo y sustentable, sobre las bases de la cooperación y corresponsabilidad de beneficiados, comunidad y aliados, que comprende tres líneas fundamentales de trabajo:

- Aliviar la problemática del hambre principalmente a la población infantil, estableciendo un comedor que brinde almuerzos diarios.

- Generar la participación, organización y empoderamiento local: las comunidades, parte integral de la logística y mantenimiento de los comedores, desarrollándose –simultáneamente– talleres de capacitación y encuentros culturales, entre otras actividades.

- Articular redes de apoyo con organizaciones sociales, entes privados y voluntariado, que vinculen a las comunidades entre sí y con otros grupos sociales.

En año y medio de funcionamiento *Alimenta la Solidaridad* pasó de sesenta a casi un millar de niños beneficiados, extendiéndose a La Vega (San Miguel, La Isla y las Casitas), Carapita (Monserrat y El Cardón), Mecedores, Antímano, Cota 905, Las Mayas y Chapellín.



PROGRAMA ALIMENTA LA SOLIDARIDAD

Mi confrontación más personal con el problema se dio mientras realizábamos un cine al aire libre en el sector El Polvorín. Por la calle llegó una niña sola de seis o siete años y lo primero que me dijo fue "Señor, tengo mucha hambre, ¿me puede dar algo de comer?". Se llamaba Fabiola y tenía todo el día sin probar bocado.

El programa realiza mediciones y pesajes a los niños para monitorear su desarrollo y brindar herramientas a las madres con las que contrarrestar los efectos de la desnutrición.

Ha generado experiencias de gran resonancia humana: la pareja de Wilmer y Yusbelis, en Mecedores, que acondicionó una casa para atender a veinte niños, o la comunidad de La Isla, en La Vega, que intervino espacios públicos para elaborar un comedor y un área de esparcimiento.

Personas y organizaciones externas han reproducido el modelo o generado iniciativas a partir de nuestra asesoría: la diputada Tatiana Montiel en Puerto La Cruz, y José Manuel Olivares en Vargas, los concejales Andrés Chola y Ángel Alvarado en Petare, Juan Andrés Mejías en Baruta y Daniel Antequera en Barquisimeto.

A finales de 2017, Henrique Capriles Radonsky y su equipo, han abierto cinco comedores en Las Minas de Baruta, Guatire, Guarenas, Caucagua y uno en Vargas, con miras a impulsar el proyecto a nivel nacional. Por nuestra parte, trabajamos para lograr la presencia del plan en sectores de Catia, El Valle y Caricuao en 2018.

FORTALECIENDO LA SOSTENIBILIDAD

En diciembre de 2017 se llevó a cabo el *Hallacazo Solidario* que de nuevo aprovechó un ritual convivencial (la preparación del plato tradicional navideño) para generar un espacio de encuentro, que además permitiera a las madres del programa tener experiencias ligadas a la

autorrealización, el trabajo en equipo y la valoración de capacidades personales.

En la experiencia confluyeron miembros de mi familia junto con más de cincuenta madres. Se produjeron 3.000 hallacas, cuya venta permitió la obtención de fondos para el funcionamiento de diez comedores por dos semanas.

El *Hallacazo* posibilitó a las madres la experiencia de ver los efectos directos de su esfuerzo en el desarrollo del programa, así como de participar en las distintas etapas de un emprendimiento exitoso.

Las madres han recuperado la capacidad de imaginar su futuro y proyectarse más allá de su situación actual, viéndose capaces de generar o participar en proyectos que las empoderen.

En 2018, uno de los objetivos es crear negocios de comidas para llevar o para restaurantes, como fuente de ingresos para el programa y generar medios de auto sustentación a las madres.

CONTINUAR EL RELATO

En 2018 enfrentamos un contexto de profundización de la crisis, signado por la implantación de un modelo dictatorial a través del uso de la violencia y de mecanismos de control social y de dependencia hacia el Estado. Los CLAP, o el sistema de carnet de la patria, son claros ejemplos de esto.

Esta estrategia intentará obstaculizar o neutralizar iniciativas como *Alimenta la Solidaridad* dado el peligro que significa para el orden dictatorial una colectividad organizada y comprometida con su propio bienestar.

Los esfuerzos como *Alimenta la Solidaridad* deberán continuar con la conciencia de estos peligros y amenazas. Serán necesarios para atender las emergencias de la crisis y promover mecanismos de solidaridad y convivencia que reviertan las políticas de fragmentación y empobrecimiento dictatoriales.

Alimenta la Solidaridad es un relato de reconocimiento, encuentro y participación que muestra la construcción de vías, posibles e inclusivas, hacia el futuro. Nuestra responsabilidad y compromiso es involucrar cada vez a más personas en este relato, para que lo hagan suyo, lo enriquezcan y lo continúen.

* Co-fundador del Movimiento *Mi Convive* y fundador de *Alimenta La Solidaridad*.